

BARCELONA CÓMICA

TIPLES DE ZARZUELA



Dorinda Rodriguez



Director: José Inglés.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION:

Calle del Hospital, 100 y 102, pral.
Horas de despacho: de 9 á 11 mañana

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal: trimestre . . . 2 ptas
Cuba y Puerto-Rico: semestre . . . 5 " "
Extranjero: semestre 6 " "

Números atrasados 1 real.

GRÓNIGA

Fué el martes de la semana pasada un día aciago para Barcelona; falleció don Evaristo Arnús.

La prensa ha cantado en todos los tonos las virtudes que adornaban á don Evaristo, y nosotros queremos llevar también nuestra modesta hoja á la corona de justísimas alabanzas que se le ha tributado.

Era D. Evaristo, la verdadera encarnación de la bondad.

Todavía recordamos cuando con paso menudito y ligero, el cuerpo un poco inclinado hácia delante, pasaba por el Paseo de Gracia.

De los bancos se levantaban los desgraciados que estaban esperando el paso del popular banquero y se le acercaban á llorarle sus cuitas, á pedirle tal vez el pan para hijos desgraciados sumidos en la miseria.

Don Evaristo metía la mano en el bolsillo y daba, daba siempre, sin contar, sin mirar al que le pedía. Acaso hacía esto porque el semblante del pedigüeño no le predispusiese á una negativa.

Una vez fuímos testigos de un rasgo que pinta el cariño que en Barcelona se le tenía.

Ibamos en la plataforma de un tranvía lleno de gente y subió D. Evaristo.

Todos nos estrechamos cuanto pudimos para dejarle lugar más desahogado.

De dentro del coche se levantaron cuatro ó cinco personas, entre ellas un obrero, y le ofrecieron su sitio.

—Aquí tiene V. puesto, D. Evaristo.

—No, aquí estará V. mejor.

Y todos con cariño le querían obligar, y él, negándose al principio, concluyó por aceptar lo que con tanta insistencia se le ofrecía.

Y esto no era un vil vasallage rendido al dinero. Desafiamos á todos los millonarios de Barcelona á que suban á un tranvía y á que nadie se mueva por ellos.

Era que se trataba de D. Evaristo, el que con

sus esplendorosas fiestas hacía ganar dinero á los comerciantes é industriales, el que con su inagotable caridad sostenía á miles de desgraciados; el hombre de rectas intenciones y puro corazón.

El sentimiento de esa pérdida ha sido tan general, que estamos seguros que no hay familia pobre ni rica que no haya llorado la muerte de D. Evaristo.

Nosotros enviamos desde las humildes columnas de este semanario nuestro más sentido pésame á la respetable viuda, á su hijo Emilio y á toda la familia de ese bondadoso anciano, verdadero padre del pobre y del desvalido.

Es mucha afición la que tiene cierta clase de españoles á las cosas religiosas.

Unos pendientes de una Virgen, un anillo de un santo, los sagrados copones, los incensarios, todo cuanto vale algo dentro de los templos es acariciado con miradas amorosas por los fieles del ramo de tomadores.

Después de las miradas, como en el amor, suele venir lo demás.

Mi amigo Manuel Matoses viene en *El Globo* hace años registrando con una escrupulosidad de tenedor de libros, las altas y bajas de estos entusiasmos religiosos.

Mejor dicho, las bajas sólo, porque altas no hay ninguna.

¿Roban el copón en la iglesia de San Cucufate? Pues consignación y comentario de Matoses. ¿Se enredan con las alhajas de la Virgen del Parto los aficionados á lo ajeno? Pues ya está Manuel razonando el hecho con su sal acostumbrada.

A la verdad que no quisieran acaso esos fervientes católicos que se publicasen sus altos hechos, porque lo que ellos deben decir: los asuntos religiosos han de ser libres; pero Matoses es el demonio y se ha propuesto no dejarlos tranquilos.

Ahora mismo, y á esto queríamos venir á parar, nos participa el telégrafo que se ha celebrado en la iglesia de S. Jerónimo en Madrid una gran fiesta religiosa con motivo de ser Santa Bárbara, patrona de la pólvora.

Entre los circunstantes estaba el P. Moraleda, arzobispo de Manila.

Al concluirse la función, los fieles se precipitaron con fervor religioso á besar el anillo del arzobispo. Y eran tantos, que se atropellaban.

Todos querían poner sus labios en aquel símbolo santo. Pero hubo algún católico, más entusiasta que los otros, que además de los labios puso la mano; porque al retirar la diestra el P. Moraleda de enmedio de tantas bocas, halló que el anillo había desaparecido.

No es de creer que se lo quitasen con los dientes.

¡Buena está la religión, buena! ¡Ni los anillos están seguros en las manos de las altas dignidades de la Iglesia!

¿Tendrán los obispos que clavarse las sortijas en los dedos para librarlas del entusiasmo de los fieles?

El remedio sería heroico, pero el único seguro.

El compañero Antonio está haciendo ahora lo que hacía Gonzalez Bravo meses antes de la revolución de Setiembre.

También se niega á reunir las Cortes como hizo el ministro de D.^a Isabel.

Se conoce que ese sublime bizco quiere pasar una larga temporada en París.

¡Y quién le verá en la capital de Francia arriado á una esquina, con la lira á la espalda y en la mano un pedazo de pan negro! ¡El amargo pan de la emigración!

Pero no, no pedirá limosna, porque el compañero Antonio tiene el riñón bien cubierto.

D. Antonio en París será un espectáculo más.

Y si sus ideas socialistas le llevan á conferenciar con Luisa Michel, él, gallardo y calavera, no podrá menos de requerirla de amores.

Y la pitonisa de la *repartidora*, no podrá menos también de exclamar al ver su atrevimiento:

—¡Ah, le monstre!

Y tendremos que D. Antonio es tan monstruo aquí como en cualquiera otra parte.

* *

Las falsificaciones están á la orden del día. En Madrid han falsificado y cobrado un talón del Banco de España.

Se trataba de poca cosa, de veinticinco mil duros.

Se presentó á cobrarlo un caballero acompañado de un niño.

Así, así; hay que dirigir á la niñez por el camino de la virtud.

De otra falsificación más grave dan cuenta los periódicos.

En Berlín falsifican la linfa del doctor Koch para curar la tuberculosis.

El pobre enfermo á quien pongan boca abajo y le inoculen por la espalda el remedio falsificado, dirá al ver que no le produce el mismo efecto que á los demás:—Pues, señor, yo no estoy tísico.

Y se morirá tranquilo.

Yo á toda clase de falsificadores castigaría con la mayor de las penas.

Haciéndoles tragar todo cuanto falsifican.

* *

Para concluir he de hacer una aclaración.

Parece ser que hay alguien que me achaca la paternidad de algún semanario satírico que por ahí se publica.

Aunque me ha perjudicado más que favorecido, siempre he puesto mi nombre en todo lo que he hecho.

Entre varias cosas que me he propuesto en este mundo, se hallan estas dos: no escribir anónimos á los particulares y no escribir tampoco ningún periódico anónimo.

Conque, tío, yo no he sido.

DANIEL ORTIZ.

Duerme

A la simpática señorita Dolores Inglés.

Una noche triste y fría,
en calle estrecha y sombría,
junto al quicio de una puerta
una mujer, casi yerta
limosna por Dios pedía.

Roto estaba su mantón;
hambre y desesperación
en su faz se adivinaban,
y en el cielo se fijaban
sus ojos, con aflicción.

A su lado, sonriente,
se hallaba niño inocente
al que la pobre mendiga,
á pesar de su fatiga
sujetaba fuertemente.

«—No te apartes de mi lado;
acércate, bien amado;
mientras yo viva, hijo mío,
podrás resistir el frío
con mis harapos tapado.

Puede que la muerte venga;
pero mientras me mantenga
con vida, acércate á mi
para poder darte así

todo el calor que yo tenga.»

Dijo la pobre y, rendida,
al suelo desfallecida
cayó, como masa inerte.
¡En su ser, iba la muerte
sustituyendo á la vida!

¡Oh, qué grupo, cielo santo!
Ageno á todo quebranto,
sin comprender su orfandad,
por costumbre, caridad
pedía el niño entretanto.

Gente cruzó cerca de ellos,
de un farol á los destellos
la vió el niño y avanzó.

«—¡Un céntimo!»—balbució
con llanto en sus ojos bellos.

¡Qué dicha! De él se apiadaron;
diez céntimos le entregaron...
¡qué alegría sintió el niño
cuando con grato cariño
la moneda le alargaron!

Conservando en su manita
el dinero, que á los dos
pan iba á darles—¡Mamita!
—dijo—¡Duerme!... ¡Pobrecita!...

—¡Una limosna por Dios!

LUIS DE VAL.



Señores: esta clase de leones es tan terrible que solo pueden obtenerse por incubación artificial.

EN LA RAMBLA, por Renau.



—No hay remedio, chica; me enseñaron á terciar el arma cuando empezaron nuestras relaciones, y aquí me tienes otra vez con las armas en la mano.



II.



El cómico de la legua tiene dos periodos ó fases determinadas, en que presenta manifestaciones totalmente distintas. Esos dos periodos son: 1.º cuando se halla sin contrata; 2.º cuando ya está contratado.

Si queréis conocerle sin contrata, situaos en la Rambla del Centro á cualquier hora del día ó de la noche, y observadle; anda lenta y acompasadamente, lleva impreso el aburrimiento en el rostro, fija constantemente los ojos en los transeuntes,



pero sin curiosidad, sin vida, sin discernir, las más de las veces, lo que ante ellos se desarrolla; y sin embargo miran, y sin embargo buscan.

Pasa por delante de él una mujer hermosa, y no le hiere la retina; pasa un alto empleado, y no notaréis en él cambio alguno. Ni

aquella mujer ni aquellos empleos, se han hecho para nuestro héroe.

En cambio haced que se le ponga delante una gloria de la escena, un actor afamado, y aquellos ojos brillarán con un relámpago de envidia; es que han visto algo semejante, algo que tiene con su dueño la misma afinidad que el hombre con el gorila.

Pero si queréis ver aquellos ojos amortiguados, brillar y animarse con toda la intensidad de su luz y de su vida, aguardad á que se coloque en su foco la desdeñosa figura de un empresario de teatros.

El empresario es para el cómico sin contrata, lo que para un buen lebrél la escopeta y el zurrón de caza.

En cuanto los ojos le advierten que hay empresario en plaza, le veréis animarse y poner en actividad todas sus facultades.

Le busca, le mira, le sigue, le estudia, y por sus movimientos, por sus miradas, por sus sonrisas, por los pormenores más insignificantes, trata de adivinar si es ocasión oportuna de acercarse á él en demanda de ajuste.

Una vez adquirido el convencimiento, les veréis pasear juntos desde el Principal al Liceo y

de éste al Principal, pues á ese trozo de Rambla le prefesan cariño extremado.

Si de la entrevista resulta ajuste, notareéis que el actor inconscientemente tira de los puños de la camisa, se alinea la corbata, se contonea, mira con altivez á los transeuntes, se descubre para colocarse el sombrero más garbosamente, y por fin, cuando ya le parece que toda la Rambla se ha enterado de que tiene contrata, váse á su casa, rebotándole satisfacción todos los poros.



Las contratas ó ajustes del cómico de la legua no son nunca para la capital, sinó para alguno de los pueblos comarcanos, cuyo teatro suele ser una sala espaciosa, rectangular, con una ó dos galerías y un escenario con tres ó cuatro decoraciones, en el que se dan funciones los días de fiesta extraordinaria.

En esos días anuncian la función, además de los programas y del pregón correspondiente, una bandera española que ondea en el portal del edificio.

Unas dos horas antes de la anunciada, aparece por las primeras casas del pueblo un *ómnibus* atestado de gentes de poco pelo, pues se lo afeitan casi todos, y por esta particularidad, así como por el contraste de los trajes y por los cantos y la animación del conjunto, echa el pueblo de ver quienes son los que llegan, y enseguida los chiquillos, rodeando el coche, anuncian con sus gritos: ¡los comediantes! ¡los comediantes!



Llegado el coche al teatro, van apeándose los actores, de levita y chistera unos, otros con trajes que son una verdadera miscelánea de estaciones, y los más de americana con cuello levantado y sombrero hongo de color indefinible, junto con las señoras, que llevan puestos sus trajes más usados á fin de sorprender al público con las elegantes ropas que acomodadas en grandes cestos llevan en el coche únicamente para usarlas en la escena.

Se entran todos en el teatro á tomar posesión de sus cuartos y dejar en ellos los cachivaches de que van provistos, y después de pa-

sear por el escenario á fin de orientarse y hacerse cargo del terreno que han de pisar, preguntan por la fonda más económica del pueblo —si es que no han comido— y á ella se dirigen en demanda de un *piscolabis*.

Si eres, lector, de tuyo inapetente, júntate con comediantes una temporada, y vete por esos pueblos de Dios con ellos: yo te fío, á fuer de entendido, que cuando comer los veas se te han de abrir las ganas tan de par en par, que llegues á admirarte de tí mismo.



Al llegar á este punto, no puedo menos que reirme recordando una circunstancia de uno de los mejores dramas de nuestro insigne Soler.

Se habla en él de unos personajes que acaban de llegar al pueblo, y cunde la curiosidad por saber quiénes son. Con aquel estilo peculiar suyo, hace Pitarra una pintoresca descripción de sus trajes: y pareciéndole muy raros, dice una mujer del pueblo:—¿Sabes qué son? Comediantes.—No, replica el otro: si han estado en la fonda y dice que apenas han comido. ¡Ah, pues entonces, no son comediantes!

Bastaría este gracioso detalle, para convencerte, lector amigo, de que no es gratuita mi afirmación; pero si aun sustentaras dudas, dirígete á cualquiera fondista de esos pueblos, y verás como te dicen que ven llegar los cómicos como granizo en el verano.

Y á la verdad, no les falta razón; porque esa gente, tras de engullir mucho, beber más y reservarse las sobras para mejor ocasión, salen luego con que no pueden satisfacer la cuenta hasta tanto no hayan recogido el dinero de la taquilla, y si la función se suspende por cualquiera causa imprevista, vése negro el bueno del industrial por cobrar el producto de un negocio en que no ha ido más que á cambiar el dinero.

Al salir de la fonda, vánse todos, señoras y caballeros, como diría un sacamuelas, á tomar café en el del mismo teatro.



Antes le faltaría á un cómico la presunción de creer que es tan buen actor como el que más, que faltarle su café cotidiano. No, señor, eso no lo pasa él. Húndase el mundo, pero que no le falte su café.

En las largas temporadas que se encuentra sin contrata, no por eso deja un solo día de

asistir al Español ó al de Oriente. Allí toma su asiento y espera. El mozo le conoce y sabe su estado pecuniario, y tiene la suficiente discreción para no ofrecerle café hasta que lo pida. El se hace el distraído y habla con los amigos, á todos los cuales les pregunta por el estado de sus negocios, mientras los vapores del café, hiriéndole el olfato, le excitan el deseo.

Tras mucho esperar, cae en la mesa un compañero afortunado que ha tenido la dicha de contratarse y cobrar el préstamo. Nuestro hombre se sienta á su lado, le toca, le adula, le apellida buen actor, excelente amigo, etc., etc. El otro comprende la indirecta, y pide dos cafés.

Por fin nuestro actor saborea la deliciosa infusión; pero ¡cuánto ha sufrido su estómago en aquellas dos horas! ¡Cuánta saliva ha tragado el infeliz, mezclada con aromas y vapores!

Por fortuna, el día de función es casi seguro que el café lo paga el empresario: así es que en cuanto se sientan, todo es ofrecer á las señoras:—¿Qué quieren Vds. tomar?—Pidan ustedes.—¡Mozo! Café.—Un ponche.—Traiga usted cigarros...

Y en aquella mesa todo es animación y alegría, todo algazara.

Así están, hasta que al anuncio de que es hora de vestirse, dado por el primer actor, todos se dirigen á sus cuartos respectivos.

Aquí es donde empiezan de nuevo á manifestarse las estrecheces y miserias de la clase infeliz que estamos describiendo. ¡Pobres cómicos! Vedles; ved al galán joven de la pieza pedir prestado al segundo galán del drama el pantalón de rayadillo que tan bien le sienta. Ved á este segundo galán devanarse los sesos por convencer al barba de que puede prestarle la chistera, haciendo una ingeniosa combinación, por la cual logra que trabajen los dos, vestidos de frac, sin sacar á la escena más que un solo sombrero de copa; ved al otro beber los vientos por hallar quien le preste un reloj con cadena de oro, que es un detalle imprescindible de la función; ved finalmente los que ya están vestidos, andar de cuarto en cuarto para ver quién de los compañeros tiene un cigarrillo con que hacer saliva y entrar en voz.

El que haya uno que acierte á tener cigarrillos, es un acontecimiento de que á los diez minutos se entera toda la compañía, y ya es seguro que el cuarto de aquel afortunado será toda la noche el centro de reunión. A él afluyen desde el primer galán hasta el último sacasillas, atraídos todos por el irresistible imán que encierra en sí una cajetilla de á veinte céntimos, cuyo dueño, si bien siente las consecuencias del asalto, porque es un infeliz que no sabe de qué fumará mañana, en cambio lo dá con gusto, porque está en el trabajo, y no hay ningún actor que, mientras dure la representación, se acuerde de que la necesidad le obliga á ser egoísta.

Terminada la función, si la entrada ha sido buena es casi seguro que todos cobrarán el *bolo* (1) completo; pero si la entrada ha flaqueado

(1) Nombre que dá la gente de teatro al sueldo estipulado cuando se ajusta por funciones y no por meses ó semanas.

JUGARRETA, *por Escaler.*

—Un callo, si señor, que me hace ver las estrellitas todas.



—¡Ahora que me acuerdo! Yo he salido de casa sin un cuarto.... ¿Cómo me las compondría yo?....



—Gracias, buen hombre; no pierda V. el callo que ahí le dejo.

LOS APELLIDOS, *por Melitón*



Fué Blanco más que moreno.



El gran Napoleón, chiquito.



Fué Dulong, hombre muy chico.



Conoci un Delgado gordo,



y Petit fue de estatura más alta que la de un pino.

por cualquiera causa, entra el empresario con la rebaja, á la que de muy mala gana acaban por sujetarse todos, con tal de cobrar algo y



quedar bien con el empresario para mejor ocasión.

Y hasta en esto son desgraciados los infelices. Mientras todo el mundo exige el precio justo de su trabajo, sin preocuparse con el estado en que se hallan los negocios de quien le hace trabajar, el cómico de la legua, por una anomalía que nunca hemos acertado á explicarnos, tiene que correr las eventualidades de la empresa en caso de pérdidas, sin que, en caso de ganancias, le aumenten un céntimo el precio del ajuste.

Afortunadamente, aunque no cobren, se les pasa el mal humor en cuanto suben al coche, que va sin luz en el interior para que esté más animado, y enseguida empiezan las cuchufletas con las señoras, los pellizcos, los apretones de manos, y unos suspiros hondos, muy hondos, que se oyen exhalar en la misma dirección en que brillan á pesar de la oscuridad del recinto, dos ojos blancos, muy blancos, con dos puntitos negros allá en la cima que parece que buscan algo por el cielo del coche, en tanto que han tenido la desgracia de quedarse sin pareja distraen su aburrimiento acompañando con sus canciones los gritos del mayoral, el campanilleo de los caballos y las quejas y chirridos de un ómnibus desvencijado.

JOSÉ INGLÉS.

CANTARES

En la puerta de la Gloria,
puso S. Pedro un letrero,
que con grandes letras, dice:
«No entra aquí ningún casero.»

Quando mis ojos se cierran
para no volverse á abrir,
dime «te amo» despacito,
y me verás revivir.

Si en el mundo aun hay justicia
y llevan preso al ladrón,
tú en la cárcel estar debes,
por robarme el corazón.

Si cada lágrima tuya
en perla se convirtiera,
en lugar de mares de agua
habría mares de perlas.

Si tuviera tantos reales,
como tú novios, Ramona,
para pagar me sobrara,
lo que debo á la patrona.

Muchos me creen dichoso
al verme canta que canta,
sin comprender que aunque canto,
llevo la muerte en el alma.

ARTURO CLAVERÍA LLOBET.

Operacion quirúrgica

Asi, ¿cree usted que arriesgándose á tan difícil operación, curara radicalmente? —Como á él no le falte el ánimo y á mí no me tiemble el pulso, apuesto mi porvenir contra un mal verso de Grilo, á que le curo... De que no le ha de faltar valor al herido casi respondo, porque ha demostrado hasta ahora una energía moral á toda prueba; y de mi pulso estoy tan seguro como de que no soy eterno... ¡Como que de su inalterabilidad y acierto dependen, tal vez, mi reputación médica y mi porvenir!...

—Pero ¿podrá trabajar?

—Es lo más probable...

En aquel punto llegaban delante de estrecho soportal con acceso á un patio pequeño, oscuro, sucio, sin embaldosar. El doctor Cornalón se detuvo indeciso, imitándole su ayudante; vaciló un momento, dió dos

pasos atrás, miró al frontispicio y entró decididamente en el patio, seguido del estudiante de último año, Matoses.

Allá en uno de los ángulos de la entrada abríase estrecha y empinada escalera que subía, subía, con muchas vueltas y recodos, con los peldaños desgastados y á medio enladrillar, la barandilla de madera, medio comida por la carcoma y rota á trechos y los desconchados muros tapizados con las cortinas de las telarañas, empolvadas de mes á mes por la escoba de alguna vecina que barria los descansillos. De trecho en trecho interrumpíase la angosta escalera por no más ancho y prolongado callejón, al que se abrían algunas puertas, bajas, despintadas, con acceso á otras tantas pocilgas en que se apiñaban familias enteras, párias de la civilización.

Ya en el último piso permanecía entreabierta una de estas puertecillas, miserable resguardo de una habitación de dos piezas solas. En una de estas piezas, acurrucados en un rincón, tres niños escualidos, desgreñados, con la cara llena de mocos y enseñando las flacas y descoloridas carnes á través de los rotos y descosidos de los harapos que los cubrían, chillaban.

con la voz ya ronca, pidiendo pan. A ratos, fatigados y sin voz, interrumpían su horripilante cantinela, para comenzar de nuevo con mayor brío.

En la otra, algo mayor, destaralada, sin más muebles que una mesa manchada de aceite, dos sillas cojas y una cama grande, de banquillos y tablado pintado de verde, sollozaba allá junto á estrecha ventana, desgredada y mal vestida, una mujer; otras dos yacían arrodilladas y llorosas detrás de la puerta, sosteniendo con las súcias manos dos raquíticos cirios encendidos, que chisporroteaban; cerca de ellas un sacristán, también de hinojos, parecía contar los ladrillos del piso, tan cabizbajo estaba, mientras sostenía el hisopo con una mano y con la otra el Divino Cuerpo encerrado en su estuche; junto á la miserable cama, con su cara casi pegada á otra cara desencajada, livida, como la de un aparecido ó un desenterrado, murmuraba el Vicario consejos, consuelos, perdones, promesas y plegarias, que se sabía de memoria por haberlas repetido en cien ocasiones semejantes.

Juan Tejas, el albañil más honrado del barrio, había resbalado el día antes trabajando en la reconstrucción de una casa y había caído desde la altura de un segundo piso. Una rodilla completamente dislocada, un brazo roto, una herida en la cabeza y algunas contusiones de menor cuantía, habían sido el amargo resultado de tan tremendo batacazo. Llevado á su morada en brazos de algunos de sus compañeros y seguido del doctor Cornalón, jóven sábio que buscaba la gloria y el renombre en operaciones difíciles, había llegado á la miserable bohardilla en que vivía, sin sentido, livido, cubierto de sangre, siendo recibido con un síncope por su mujer, su Laura, que adoraba en él, y con locos espavientos y chillidos por su suegra. Los chiquillos le pidieron pan, entre bostezos y gemidos; pero rudamente zarandeados por la abuela, habían ido á acurrucarse en un rincón, asustados y enmudecidos.

Cornalón examinó atentamente las contusiones y heridas una por una, moviendo la cabeza con desagrado. Al llegar á la rodilla se inclinó con desasosiego, examinó, tanteó y sonrió satisfecho... Allí, allí estaban su fama y su porvenir... Las otras heridas eran insignificantes y cualquier practicante de cirujía las hubiera curado...

Recobrados los sentidos á fuerza de baño; de vinagre en las sienes y darles á oler papel de estraza quemado, ella temblorosa, con los ojos desencajados, secos, sin llanto y tentajeando, porque este llanto que no acudía á los lagrimales se le subía á la garganta y la ahogaba; él, con las lágrimas en los ojos y el rostro desfigurado por el dolor, agobiaba de preguntas al doctor... «¿Eran muy graves las heridas? ¿Curaría? ¿Era grande el peligro?... ¿Que curase, Dios santo, que curase, aunque solo fuese por sus hijos, sus pobres hijos!...»

—¡Peligro!—exclamó Cornalón.—No quiero engañar á ustedes. El peligro es grande; por lo menos la pérdida de la pierna es segura. Solo una operación arriesgada, dolorosa, puede salvarle... Pero ¿tendrá usted valor y fuerza para resistirla?...

Juan dió un respingo. ¡Valor!... Le sobra... ¿Acaso no se trataba de que no quedasen huérfanos sus hijos?...

Cuando el médico marchó, Laura pudo dar salida al llanto que la ahogaba, y, abalanzándose á su marido, le cubrió el desencajado semblante de besos y lágrimas... Luego pensó en sus hijos y se le oprimió el pecho... ¡Dios mío!... ¡Qué miseria, qué abismo negro de hambres, dolores, torturas sin fin, les esperaban si aquel padre tan bueno llegaba á faltarles!...

A la mañana siguiente volvió el médico y anunció la operación para el anochecer.

La tía Felipa, madre de Laura, después de llorar un poco y lamentarse mucho, andaba preocupada y con deseos de hacer algunas oportunas advertencias á su hija... Al medio día se atrevió... «Juan estaba en peligro de muerte... Podía fallecer de pronto, mientras el médico le abría las carnes, ¿qué sería de él si se marchaba así, sin limpiar antes la conciencia?... Bueno

era prodigarle los remedios físicos, pero sin olvidar por eso los auxilios espirituales, por si acaso... sólo por si acaso...»

Laura se indignó.

—Pero, madre... ¿quién se lo dice á Juan?... ¿No sería decirle que va á morir, que es lo mismo que matarle más pronto?... ¿Y si el sobresalto le agrava y se me muere?...

La madre siguió insistiendo, hasta que Laura, abatida y debilitada por la pena, cejó en su resistencia.

En cuanto á Juan, al enterarse de la que se le esperaba, lo primero en que pensó fué en que el médico le había engañado y en que su muerte era segura. Luego, al oír los pasos pausados del cura y su acompañamiento en la escalera, al abrirse la puerta frente á su lecho y asomar el roquete blanco sobre el hábito negro, el sacristán con cara de enterrador, las dos vecinas con dos cirios encendidos (comprados por la tía Felipa á cuenta de un pañolón de su hija, producto de los ahorros de un año, que había ido á empeñar), pensó en sus tiernos retoños que se iban á quedar sin padre, en el abandono, en la miseria, con un negro y horrible porvenir por única esperanza, se creyó condenado á muerte y cayó en abatimiento profundo, sintiendo que se le rompía allá dentro el hilo de la última esperanza. Apenas entendió la filipica del vicario y tragó la sagrada hostia instintivamente, mientras se le apagaba rápidamente el cerebro y se quebraba la delicada hebra que le ataba á la vida. Como si el divino manjar hubiese sido puñal asesino, clavado de pronto en su corazón por traidora mano, sin estertores, sin larga agonía, casi repentinamente y sin apercibirse nadie, se apagó de pronto aquella lámpara, falta de aceite....

El doctor Cornalón tropezó en la escalera con el vicario que bajaba y sintió como un martillazo en mitad del corazón. Y, en cuanto el Sagrado Cuerpo pasó, llevado por el cura, y dejó el paso libre, enfiló la escalera, salvando de cuatro en cuatro los peldaños; llegó al último piso y empujó la entornada puerta.

Allá en un rincón seguía Laura acurrucada, presa del hipo, con el pecho oprimido por el llanto que se negaba á salir. Un candil, que acababa de encender la vieja, colgado de un clavo junto á la ventana, inclinaba hácia el suelo la torcida, semejante al moco de un pavo. La parpadeante luz de aceite esparcía lividos reflejos sobre los objetos y las personas. La tía Felipa había entrado en el vecino cuartucho para hacer callar á los niños...

Cornalón, seguido de Matoses, se puso de un salto al lado del lecho; auscultó al cadáver, le pasó un fosforo encendido por los párpados, le pulsó, miró á su compañero con desencajados ojos y, dando traspiés como un borracho se dirigió á la puerta. Al llegar al dintel sintió que le tiraban de la levita. Era Laura que, medio ahogándose, le interrogaba con los ademanes— «¿Porqué se iba?... ¿Y la operación?..» En aquel punto salía la tía Felipa restregándose los ojos...

—Yo sobre aquí, buena mujer... Entre Vds. y el cura le han hecho ya la operación al pobre Juan, mejor que la hubiese yo llevado á cabo... Tanto es así que le han curado radicalmente.

Y se precipitó escalera abajo, acompañado con los chillidos de Laura, los herridos de la vieja, y las voces aflautadas de los tres mocosos que pedían pan destempladamente...

MANUEL BIELSA.

Pequeñeces

Trasposición de una carta que á un viejo mandó una chica: por poner estima y trata, ella puso *extracta* y *tima*.

REMEDIO INFALIBLE, *por Lago.*

Aparte de su reconocida virtud para extirpar radicalmente la tenia y otras lombrices, es un remedio heroico contra las berrugas y la caida del pelo.

REVOLTIJO, por Lepe



—Sí, querida, sí; mi marido se ha vuelto tan caprichoso y tan calavera, que á veces llego á dudar hasta de que mi hija sea hija suya.



—Mira, Leonor, que no te duermas.
—Si no me duermo, mamá: me estoy haciendo la dormida para ver si le entra sueño á mi muñeca.



La melancólica miss Olonghy, tan pudorosa como fea, no sabe cómo decirle al doctor que padece un cólico de los más intransigentes.

—En resumen, señora, pregunta el galeno: podremos saber qué parte de su cuerpo funciona mal?

—¡Aoh, yes!..... murmura miss Olonghy....
Mi tener la enfermedad en el guarda manjares.

El es un chico atildado;
un modelo de elegancia
que se encuentra enamorado
de Ernestina, buen bocado,
que aprendió el francés en Francia.
La chica es la mar salada
(que es algo más que la mar),
tiene poco de atildada.
Se teme que de casada
la llegue alguien á-tildar.

Quando alguien dice: Te quiero
con el alma hasta morir,
sé que poco ha de vivir
ó quedar por embustero.

¿Que el premiado vale Antero
su composición exhibe?
No es verdad, todos sabemos
que es Antero un *cuervo simple*.

LUIS GONZÁLEZ LÓPEZ.

Teatros.



Pocas novedades teatrales de importancia ha habido esta semana.

He dicho pocas debiendo haber dicho ninguna, porque el estreno de *Ni la leva ni la meva*, en Novedades, y de *Calderón*, en Eldorado, no merecen el adjetivo de importantes.

La comedia del distinguido literato que se firma C. Gumá, es una obra harta ligera para tres actos y cuyo argumento no resiste el más ligero examen. Tiene chistes ingeniosos, algunos

de ellos algo subditos de color, que revelan el talento y la salática del autor; pero se nota desconocimiento de los resortes escénicos.

El público no obstante aplaudió de buena fé y llamó al autor con insistencia.

Este no se presentó hasta el final de la obra.

En resumen: una de tantas.

Calderón, estrenado en Eldorado, es un juguete lírico de los Sres. Lucio y Arnichas (los autores de los chistes con patrón) y música del *maestro Nieto*, con perdón sea dicho.

¡Valiente música, *camarada!*

¡No hay abuela que alabe la música de este Nieto!

Ella tendrá mucho mérito, yo no lo niego ni me meto en dibujos ni en cosas que no entiendo; pero lo que sí digo que al público le gustó lo mismo que si le hubieran cantado el *gori gori* de una misa de difuntos.

De la obra no hay que hablar.

El eterno *quid pro quo*; chistes de guardarropia; todo inverosímil, estupendo y hecho á fuerza de petróleo.

Pero viene casi sancionada de Madrid y boca abajo todo el mundo.

De *Las doce y media y sereno* y *Los alojados*, nada digo, por ser obras ya conocidas. Pero no pasaré en silencio que obtuvieron una esmerada interpretación por parte de todos los artistas y que la Mónica de la primera y la María de la segunda, desempeñadas por la señora Rodríguez, fueron hechas y cantadas como nunca lo habían sido en esta capital.

Nuestra enhorabuena á todos los artistas y á la simpática y aplaudida tiple.

Los demás teatros no han ofrecido ninguna novedad.

En Romea se prepara un estreno que, según se cree, dará mucho que hablar á la crítica y del cual he oído muy encontradas opiniones.

¡Ah! se me olvidaba decir que el *Teatro Circo* de la calle de Monserrat ha abierto sus puertas, inaugurando la temporada (?) con *La pata de cabra*.

He oído decir que han comenzado con mala pata. Ello dirá. No seamos maliciosos.

Y no habiendo más asuntos de que tratar (como dicen en el Congreso) aquí hago punto.

Pero ya que la carencia de novedades ha hecho que resultara algo lánguida esta crónica, voy á poner á mis lectores al corriente de algo de lo que sucede en el teatro extranjero.

Represéntase actualmente en el teatro de la calle 14ª de Nueva York, un drama titulado: *Blue Jeans*, cuyo principal atractivo consiste en un cuadro que representa el interior de un taller de aserrar. El protagonista es atraído á una celada por el traidor, quien le pone una mordaza y le coloca atado en una tabla dispuesta para ser cortada por una sierra circular.

Pónese en movimiento la tabla, la víctima vá acercándose por momentos á la sierra y cuando no está separada de ella mas que por algunos centímetros, aparece la heroína, que corta las cuerdas y libra al desgraciado de una *muerte segura*.

Hay que tener en cuenta que todo es real en este cuadro. Una verdadera sierra movida por el vapor y un hombre atado á una tabla.

Extremece pensar en las consecuencias del menor descuido que sufriese el aparato escénico.

En la tercera representación, la actriz encargada del papel de heroína, retrasó su salida algunos minutos y el actor atado á la tabla sintió ya en su rostro el aire producido por la máquina en movimiento. Fácil es imaginar cual sería el estado de su ánimo en aquellos momentos.

A estas emociones debe la empresa ver lleno todas las noches su teatro.

Hay que dar la razón á los denigradores de nuestra patria.

Aquí aun no estamos bastante civilizados para esas barbaridades.

V. S. CASAÑ.

VAPULEOS

Señores lectores,
prestadme atención
que voy á hacer una
rectificación.

No me refiero al número 74 donde aparece un párrafo de cuatro renglones al final del penúltimo de mis sueltos, el cual era, cuando yo lo escribí, una estrofa asonantada, de cuatro versos; no me refiero tampoco, aunque pudiera referirme, á otros cuantos *lapsus* de que aparezco autor, sin haberlo sido; me refiero, sí, al último suelto del número anterior en el que los señores cajistas han cometido una heregía con la circunstancia atenuante de haberla motivado mi letra endemoniada.

Hablaba yo de un... *poeta* (!!) chirle y puse en mis cuartillas:

«El buen señor creo que es discípulo de Carulla.»

Y los Srs. compositores han puesto y el corrector sancionado, «Zorrilla...»

¡Ave Maria Purísima!
¿No les parece á ustedes que esto es una heregía?

¡Ya lo creo!
Casi tan grande como la cometida por un periódico gallego que en cierta ocasión debió decir:

«El gobernador tiene la gran dicha...»

Y... ¿qué dirán ustedes que dijo?

Pues... ahí es nada....

Puso al revés la *d* y...

Heregía al canto.

Ni más ni menos que la de poner Zorrilla en lugar de Carulla.

No sé si he dicho antes de ahora que á mí me gustan mucho los cantares. Sobre todo, los cantares buenos.

Ahora díganme ustedes, si siendo los buenos los que me gustan, me habrán gustado estos que leo en *La Unión Mercantil*, de Málaga:

«No te olvidaré me dices,
y la pícara veleta
dale que dale, chiquilla
y sin dejar de dar vueltas.»

Ya sé que la *y* del último verso es un ripio que tiene la poesía.

Pero no me refiero á eso.

Es que el cantar que dejo copiado me recuerda aquello de

Al saltar el arroyo
te ví las ligas,
qué buenas han estado
las aceitunas.

Vamos con otro cantar:

«Te pareces á la onza
que en el bolsillo me queda:
como es más falsa que Judas
todo el mundo la desecha».

¡Ya decía yo cuando empecé á leer la estrofa, que eso de tener un poeta callejero una onza en el bolsillo, era más que dudoso.

Y en efecto, resulta que era falsa.

Es decir que aquella onza
que en el bolsillo le queda
no es una onza, no, de oro;
es una onza, de.... etcétera.

Y vamos con otro:

«El querer que tú me tienes
es como el ferrocarril,
que en la curva se ladea
antes de llegar al fin.»

Yo había oído asegurar que la fuerza del consonante era mucha, pero no así la del asonante, Y sin embargo....

El cantar que yo he copiado
es como el ferrocarril
que no hay quien coja lo que
el autor quiere decir.

Y ahora con el último:

«Salud llevas como nombre
y sin extrañarme el caso,
desde que á Salud conozco
sin salud me voy quedando.»

¡Qué demonio de hombre!
Comprendo que cantara su enfermedad si no la comprendiera.

Pero conociendo el caso
de su falta de salud,
deje usted las manos quietas
y aquí paz y luego... ¡abur!

Leo, á continuación de los cantares:

«Telegrafían que hallándose de caza el archiduque José Augusto, recibió un balazo en el pecho, que á la casualidad de tropezar en un botón el proyectil, se debe no lo dejara muerto en el acto.

Dícese que se trataba de asesinarlo.»

¡Hombre, no; de asesinarlo, no!

De cazarlo.

**

—Estoy muy resentido con usted, D. Gedeon.

—¿Por qué, señora?

—Porque he estado enferma y no ha venido usted á visitarme, á pesar de lo que mandan las obras de misericordia.

—No he faltado á ellas.

—¿Cómo que no? Pues y aquello de visitar á los enfermos...

—¡Ah, señora! Eso no iba con usted.

—¿Por qué no?

—Porque usted era enferma.

MARTÍNEZ PEREZ.

CORRESPONDENCIA

R. que R.—Con mil amores.

L. F., *Habana*.—«En la azotea se encontraba» no ha sido nunca verso octosílabo;

«Y á él la dicha le cupo
en jaula otra vez ponerlo.»

es una oración que no me avengo á rezarla por más que he probado esforzarme, y esos epigramas no son tales epigramas, sino cuatro sociedades escritas en líneas cortas; conque, á otro perro con ese hueso.

M. T., *Madrid*.—Hombre, vaya V. á paseo.

A. G. Presente.—«Dulce, buena y muy instruida» me parece corto; en cambio

«De las mujeres de hoy»

me parece malo. Y á V., ¿qué le parece?

R. R.—Sirve

L. L. B., *Madrid*.—También algo.

Pey.—Sirve.

R. H., *Madrid*.—Es muy flojito.

K. y K., *Madrid*.—¡Ah, el romance! lo vé V. tan sencillo, tan modesto, tan fácil en apariencia, pues tiene dificultades que V. no ha podido vencer, amigo mio.

F. M.—«En tu álbum, mi dulce Elena,

¿Quieres que versos te escriba?

Mi voz triste ¿acaso ignoras?

Que ajada y amortecida...

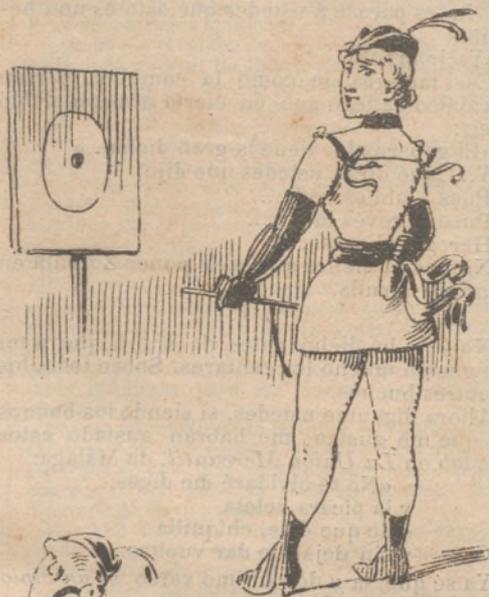
y esto es lo mejorcito que me remite ese señor.

R. M.—Esto no es soneto: esto es un juego de palabras, resultado de la elección de consonantes.

F. de M.—No me resultan.

Quedan algunas cartas por contestar.

ANUNCIO



—Verán ustedes con qué salero doy en el blanco.

¡Preparen!



¡Apunten!



¡Fuego!



¿Qué tal?

Kscaler